



Don Quijote de la Mancha Miguel de Cervantes

Puesto en castellano actual
íntegra y fielmente por
Andrés Trapiello



Don Quijote de la Mancha

Miguel
de Cervantes

Puesto en castellano actual
íntegra y fielmente por Andrés Trapiello

Con un prólogo de Mario Vargas Llosa

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1338

Ediciones Destino

Primera edición, en este formato, noviembre de 2015

PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO PRIMERO

*QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y COSTUMBRES DEL FAMOSO
Y VALIENTE HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía no hace mucho un hidalgo de los de lanza ya olvidada, escudo antiguo, rocín flaco y galgo corredor. Consumían tres partes de su hacienda una olla con algo más de vaca que carnero, ropa vieja casi todas las noches, huevos con torreznos los sábados, lentejas los viernes y algún palomino de añadidura los domingos. El resto de ella lo concluían un sayo de velarte negro y, para las fiestas, calzas de terciopelo con sus pantuflos a juego, honrándose entre semana con un traje pardo de lo más fino.

Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y cuadra que lo mismo ensillaba el rocín que tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Algunos dicen que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna discrepancia entre los autores que escriben de este caso, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración de él no se salga un punto de la verdad.

Conviene también saber que este hidalgo del que hablamos, los ratos que estaba ocioso —que eran los más del año—, se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto que olvidó casi

por completo el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de labor para comprar libros de caballerías que leer, y así, llevó a su casa todos los que pudo encontrar; y de todos, ninguno le parecía tan bien como los que escribió el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas frases suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde hallaba escrito en muchos pasajes: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura». O cuando leía: «Los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza...».

Con estas disquisiciones perdía el pobre caballero el juicio, y se desvelaba por entenderlas y desentrañarles el sentido, que ni el mismo Aristóteles se lo habría sacado ni las habría entendido, si hubiera resucitado sólo para eso. Tampoco llevaba muy bien las heridas que daba y recibía don Belianís, porque se figuraba que, por grandes médicos que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor el haber acabado su libro con la promesa de concluir aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino el deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo habría hecho, y aun lo habría conseguido, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo hubiesen estorbado.

Porfío muchas veces con el cura de su pueblo —que era hombre docto, graduado en Sigüenza— sobre cuál había sido el mejor caballero: Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; pero maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba a la altura del Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, ese era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy adecuada condición para todo, pues no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de la valentía tampoco le iba a la zaga.

En resumidas cuentas, él se enfrascó tanto en su lectura, que leyendo se le pasaban las noches en blanco y los días en sombra; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de tal

manera, que acabó perdiendo el juicio. Se le llenó la fantasía de todo aquello que leía en los libros, lo mismo de encantamientos que de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y se le asentó de tal modo en la imaginación que era verdad todo aquel enredo de soñadas invenciones que leía, que para él no había en el mundo otra historia más verdadera. Decía él que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no se podía comparar con el Caballero de la Ardiente Espada, quien de un solo revés había partido por la mitad dos fieros y descomunales gigantes. Mejor le parecía Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había matado a Roldán el Encantado, valiéndose de las mañas de Hércules cuando ahogó entre sus brazos a Anteo, el hijo de la Tierra. Y decía mucho y bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, en la que todos son soberbios e insolentes, sólo él era afable y educado. Pero, por encima de todos, el que mejor le parecía era Reinaldos de Montalbán, y más cuando lo veía salir de su castillo y robar a cuantos topaba, como cuando robó allende los mares aquel ídolo de Mahoma que era de oro macizo, según dice su historia. Y con tal de dar una mano de coces al traidor Galalón, habría dado él de regalo el ama que tenía, y aun a su sobrina.

En fin, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento en que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, tanto para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello en lo que él había leído que se ejercitaban los caballeros andantes, deshaciendo todo género de agravios y poniéndose en lances y peligros con los que, si los llevaba a cabo, cobraría eterno nombre y fama. Se imaginaba, el pobre, ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda.

Y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se apresuró a poner en práctica lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, cubiertas de orín y llenas de moho, hacía largos siglos que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Las limpió y las aderezó lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino

morrión simple; pero esto lo suplió su maña, porque hizo con unos cartones una especie de media celada que, encajada con el morrión, daba el pego de celada entera. Luego, para probar si era consistente y podía correr el riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y ya con el primero deshizo en un momento lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, así que para quedar a salvo de este peligro, tornó a hacerla de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su resistencia; y, sin querer probarla de nuevo, la reputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue después a ver su rocín, y aunque tenía más años que achaques y más tachas que el caballo de Gonela, que «*tantum pellis et ossa fuit*» (que era sólo piel y huesos), le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid se igualaban con él. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porque —según se decía a sí mismo— no era razonable que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él de por sí, estuviese sin nombre conocido; y así, trataba de acomodarle uno que declarase quién había sido antes de ser de caballero andante y lo que ahora era; pues estaba convencido de que si su señor mudaba de posición, también tenía él que mudar el nombre, y que lo tuviese famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar *Rocinante*, nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, el primero entre todos los rocines del mundo.

Puesto nombre a su caballo, y tan a su gusto, quiso ponérselo a sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar *don Quijote*; de donde los autores de esta tan verdadera historia dedujeron, como queda dicho, que sin duda se debía de llamar *Quijada*, y no *Quesada* como otros quisieron decir. Pero acordándose de que el valeroso Amadís no se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que se añadió el nombre de su reino y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya y llamarse *don Quijote de la Mancha*, con lo que a su

parecer declaraba muy a lo vivo su linaje y patria, y la honraba tomando el sobrenombre de ella.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín y confirmándose a sí mismo, le pareció que no le faltaba más que buscar una dama de la que enamorarse, porque un caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma.

—Si yo, por mis malos pecados, o por mi buena suerte —se decía—, me encuentro por ahí con algún gigante, como suele acontecerles a los caballeros andantes, y lo derribo de un golpe, o le parto el cuerpo por la mitad, o, en fin, lo venzo y lo rindo, ¿no estaría bien tener a quien ofrendárselo, que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida?: «Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrana, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, quien me mandó que me presentase ante vuestra merced, para que vuestra grandeza disponga de mí a su antojo».

¡Cómo se alegró nuestro buen caballero después de hacer este discurso, y más cuando halló a quien poder nombrar como su dama! Y fue, según se cree, que en un pueblo cerca del suyo había una moza labradora de muy buen ver, de la que él anduvo enamorado un tiempo, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni le dio prueba de ello. Se llamaba Aldonza Lorenzo, y le pareció bien darle el título de señora de sus pensamientos; y, buscándole un nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre, a su parecer, músico y original y significativo, como los otros que a sí mismo y a sus cosas había puesto.

CAPÍTULO II

QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA DE SU TIERRA QUE HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo para poner en práctica su pensamiento, acuciándole la falta que pensaba que cometía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que corregir y deudas que satisfacer.

Y así, sin dar parte de su intención a ninguna persona y sin que nadie le viese, una mañana, antes de hacerse de día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó con todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su escudo, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Pero apenas se vio en el campo, le asaltó un pensamiento tan terrible, que estuvo a punto de dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no se había armado caballero y que, conforme a ley de caballería, ni podía ni debía cruzar armas con ningún caballero; y aunque ya lo fuese, como caballero novel tendría que llevar armas blancas, sin divisa en el escudo, hasta ganarla por su esfuerzo.

Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; pero pudiendo más su locura que ninguna otra razón, se propuso hacerse armar caballero por el primero que topase, a imitación de otros muchos que lo hicieron así, según había leído él en los libros que lo traían loco. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas en cuanto pudiese de tal manera, que lo fuesen más que un armiño; y con esto se aquietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que quería su caballo, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo:

—Quién duda que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, el sabio mago

que los escriba no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintones pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora que, dejando la blanda cama del celoso marido, se mostraba por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel».

Y en verdad por él caminaba. Y añadió:

—¡Dichosa edad y dichoso siglo aquel en el que salgan a la luz las famosas hazañas mías, dignas de tallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar ser el cronista de esta inaudita historia!, te ruego que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y veredas.

Y acto seguido volvía a decir, como si verdaderamente estuviese enamorado:

—¡Oh princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazón! Mucho agravio me habéis fecho al despedirme y reprocharme con la rigurosa obstinación de mandarme no aparecer ante la vuestra fermosura. ¡Complázcaos, señora, acordaros de este vuestro esclavo corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece!

Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que le habían enseñado sus libros, imitando cuanto podía su lenguaje. Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan de prisa y con tanto ardor, que habría sido suficiente para derretirle los sesos, si tuviera alguno.

Caminó casi todo aquel día sin acontecerle cosa digna de ser contada, de lo cual se desesperaba, porque estaba deseando topar cuanto antes con quien probar el valor de su fuerte brazo.

Autores hay que dicen que la primera aventura que le sucedió fue la de Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y, al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y

muertos de hambre, y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse y donde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio no lejos del camino por donde iba una venta, que fue como si viera una estrella que le encaminara, no a los portales, sino a los alcázares de su redención. Se dio prisa en caminar, y llegó a ella al tiempo que anochecía.

Estaban casualmente en la puerta dos mujeres mozas, de estas que llaman de la vida, que iban a Sevilla con unos arrieros que acertaron a hacer una parada en la venta aquella noche, y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía estar hecho y pasar tal y como lo había leído, en cuanto vio la venta se le figuró que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y hondo foso, con todas las demás cosas que suelen tener esos castillos.

Se fue llegando a la venta que a él le parecía castillo, y a poco trecho de ella tiró de las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señales con una trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que tardaban y que Rocinante se daba prisa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta y vio a las dos distraídas mozas que estaban allí, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que se estaban solazando delante de la puerta del castillo.

En esto quiso la suerte que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman) tocó el cuerno con cuya señal se recogen ellos, y al instante se le figuró a don Quijote lo que estaba deseando, que algún enano avisaba de su llegada; y así, con extraordinario contento, llegó a la venta y a las damas, quienes al ver venir a un hombre armado de aquella suerte, con lanza y escudo, corrieron a meterse en la venta llenas de miedo; pero don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, se alzó la visera de cartón y descubrió su seco y polvoriento rostro, y con gentil talante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, pues a la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facérselo a ninguno, y menos aún a tan nobles doncellas como vuestro aspecto demuestra.

Le miraron las mozas y andaban con los ojos buscándole el rostro, que le encubría la mala visera; pero al oír que las llamaba doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron contener la risa, de manera que don Quijote se irritó y acertó a decirles:

—Bien sienta la discreción en las hermosas, pero es mucha sanchez y está de más la risa que procede de leve causa; y non vos lo digo por que os aflijáis ni mostréis mal talante, que el mío non es otro que el de serviros.

Este lenguaje, no entendido por las señoras, y el mal aspecto de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y habría pasado a mayores si no hubiera salido en ese momento el ventero, hombre que por ser muy gordo, era muy pacífico; y viendo aquella extraña figura armada con armas tan desiguales como eran la brida, lanza, escudo y coselete, estuvo a un tris de acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Pero, en fin, por temor a tantos y tan aparatosos pertrechos, decidió hablarle comedidamente:

—Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, aparte del lecho, porque en esta venta no hay ninguno, todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que eso le parecieron a él el ventero y la venta, respondió:

—Para mí, señor castellano, cualquier cosa basta, porque «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear», etc.

Pensó el ventero que el haberle llamado castellano había sido por parecerle de los honrados de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que uno de esos pajes resabiados que se las saben todas; y así, le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto fue a sujetar el estribo a don Quijote, que se apeó con mucha dificultad y trabajo, como quien había ayunado todo el día.

Dijo luego al ventero que cuidase mucho de su caballo, porque era la mejor bestia comiendo pan en el mundo. Lo miró el ventero, y no le pareció tan bueno como decía don Quijote, ni aun la

mitad; y tras acomodarlo en la caballeriza, volvió a ver lo que mandaba su huésped, al que estaban desarmando las doncellas, ya reconciliadas con él; y aunque le habían quitado el peto y el espaldar, no supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes que era menester cortar, por no poderse deshacer los nudos; pero él no lo quiso consentir de ninguna manera, y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pueda imaginar; y al desarmarlo, como él se imaginaba que aquellas trasteadas mozas que le quitaban la armadura eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas cuidaban de él;
princesas, de su rocín

o Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que aunque no hubiese querido descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la necesidad de acomodar en las presentes circunstancias este romance viejo de Lanzarote ha sido la causa de que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote—, porque, a mi entender, me vendría muy al caso.

Casualmente, acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta más que unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo y en otras truchuela. Le preguntaron si por ventura comería su merced truchuela, porque no había otro pescado que darle para comer.

—Con tal que haya muchas truchuelas —respondió don Quijote—, valdrán por una trucha, porque me da igual que me den ocho

reales sueltos o en una pieza de a ocho; sin contar que podría ser que esas truchuelas fuesen como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero sea lo que fuere, venga rápido, que el trabajo y peso de las armas no se puede sobrellevar sin el gobierno de las tripas.

Le pusieron la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y el ventero le trajo una porción del mal remojado y peor cocido bacalao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era cosa de mucha risa verlo comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si alguien no se lo daba y ponía; y así, una de aquellas señoras servía para este menester. Pero al ir a darle de beber, no fue posible, ni lo hubiese sido si el ventero no hubiera horadado una caña, y, puesto un extremo en la boca, le iba echando el vino por el otro. Y todo esto lo sufría con paciencia, con tal de no romper las cintas de la celada.

Estando en esto, llegó casualmente a la venta un castrador de puercos, y nada más llegar, hizo sonar su silbato de cañas cuatro o cinco veces, con lo cual don Quijote acabó de confirmar que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música y que el abadejo eran truchas, el pan candeal y las ramerías damas y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Pero lo que más le afligía era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.